

PÍO BAROJA FRENTE A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: TÉCNICAS PARA LA REMEMORACIÓN DEL CONFLICTO EN EL CAPÍTULO FINAL DE LAS MEMORIAS BAROJIANAS

FRANCESCA CRIPPA

Università Cattolica del Sacro Cuore

RESUMEN:

Cuando estalló la guerra civil en 1936, Pío Baroja tuvo que abandonar España y elegir el exilio voluntario. Algunos años después, consignó sus impresiones de esos primeros días de la guerra en un libro titulado *La guerra civil en la frontera*. A causa de la censura, la obra permaneció celosamente guardada durante algo más de cincuenta años y se publicó solamente en 2005. La finalidad de este trabajo es la de reflexionar sobre las técnicas que el novelista usa para rememorar uno de los acontecimientos más traumáticos del reciente pasado español.

PALABRAS CLAVE:

siglo XX, guerra civil, memoria, Generación de 1898, Baroja.

ABSTRACT:

When the civil war began in 1936, Baroja had to abandon Spain and move voluntarily to France. After a few years, he wrote his impressions of those congested days in a book titled *La Guerra civil en la frontera*. Due to the censorship, the work was kept unpublished by Baroja's family for more than fifty years and it was finally published in 2005. The aim of this article is to analyze the techniques used by Baroja in order to remember one of the most traumatic episodes of the recent Spanish history.

KEYWORDS:

20th century, civil war, memory, Generation of 1898, Baroja.

Introducción: el pensamiento político barojiano

En el proceso de reconstrucción del complejo universo ideológico barojiano, dos aspectos explican y justifican la ausencia de una coherente reflexión política articulada en el tiempo. En primer lugar, el congénito escepticismo del escritor, que lo llevó a sentir una marcada aversión por cualquier fórmula de gobierno, desde la más conservadora hasta la más democrática. En segundo lugar, la descentralización

geográfica de las localidades en que Baroja decidió transcurrir la mayor parte de su existencia, una elección a causa de la cual el novelista se fue inevitablemente alejando de la vida pública de su país.

A pesar de no quererse comprometer concretamente con ninguno de los partidos de su época y no obstante su voluntaria lejanía de la escena política, Baroja, en más de una ocasión, quiso aprovechar de sus escritos para reflexionar sobre el estado de la administración española y analizarlo con perspectiva crítica desde su personalísima visión de hombre descontentadizo y batallador. Apoyándose en la atenta observación de la realidad que lo rodeaba y en sus numerosas lecturas sobre el tema,¹ el escritor desarrolló así unas ideas políticas bastante heterogéneas y, a veces, incluso contradictorias, lo que el mismo Baroja confirmó justo antes de que empezara la guerra civil, en 1935, en un discurso oficial frente a la Academia Española:

No fui nunca simpatizante de las doctrinas comunistas. El dogma cerrado del socialismo no me agradaba. Tampoco cogí del anarquismo su pretendida parte constructiva. Me bastaba su espíritu crítico, medio literario, medio cristiano. Después reaccioné contra estas tendencias y me sentí darwinista y consideré, como espontáneamente consideraba en la infancia, que la lucha, la guerra y la aventura eran la sal de la vida (1935: 61).

Es posible fechar los primeros acercamientos de Baroja a la vida política española alrededor del año 1909, periodo en el que simpatizó con el partido de Alejandro Lerroux y con ese radicalismo renovador que sedujo a otros muchos intelectuales del tiempo. El entusiasmo del escritor, sin embargo, fue breve y pronto Baroja empezó a manifestar cierta desafección por la retórica demagógica que desde su punto de vista impregnaba la ideología lerrouxiana. Como nos explica Luis Granjel, el novelista empezó entonces a desarrollar un pensamiento político autónomo y original que se fue progresivamente acercando a la actitud que el crítico define «despotismo ilustrado» (1992: 29). Según Granjel, esta misma disposición de espíritu resultaría bien representada por la publicación de la novela *César o nada*,² cuyo núcleo narrativo principal lo constituye precisamente la acentuada egolatría del personaje, característica que lo lleva a desconfiar de todo planteamiento colectivo, tanto social como cultural.³ El marcado individualismo que define la personalidad de este pro-

¹ Baroja fue un aficionado y atento lector de Schopenhauer así como de Nietzsche y Kropotkin. Gracias a sus lecturas, por lo tanto, pudo acercarse a las principales corrientes filosóficas inspiradoras de la política europea de comienzos del siglo XX.

² La novela se publicó por primera vez en 1910.

³ A causa de los contenidos de la novela, Baroja fue acusado de ser un precursor del fascismo. Por su parte, en 1936, el autor contestó a estas acusaciones de manera bastante ambigua: «Yo no me creo un

tagonista se configura, por lo tanto, como la trasposición literaria de las ideas del autor y concretiza su propio recelo hacia las instituciones. Al mismo tiempo, debajo del escepticismo que permea la novela late el profundo pesimismo antropológico barojiano, inspirado por la convicción de que «el hombre es un animal egoísta» (1949: VII, 981) eso es, un ser intrínsecamente incapaz de sacrificar sus necesidades a beneficio del bien colectivo.

Cerrado este primer paréntesis de aproximación a la política, Baroja se alejó de todo activismo y siguió ocupándose casi exclusivamente de su producción literaria. Sin embargo, algunos años después volvió a manifestar su interés hacia la actualidad española al mostrarse bastante escéptico cuando recibió la noticia de la proclamación de la Segunda República (Uribe Echevarria, 1957: 151-199). Es más, con respecto a lo que estaba pasando en el resto de Europa en esa misma temporada, Julio Caro Baroja, sobrino del escritor, anota que a su tío le preocupó mucho la ascensión de Hitler en Alemania y que experimentó por Mussolini una «antipatía casi física» (1962: 38). Sin embargo, Caro Baroja añade también que en ese momento de su vida el novelista «hubiera visto con gusto un ensayo de dictadura reformista y radical» (1962: 38), soñando, paradójicamente, que incluso en España un solo hombre pudiera acabar de una vez con todos los problemas del país.

El desdeñoso desinterés que Baroja mostró frente a las reacciones suscitadas por la exposición de unas ideas tan impopulares contribuyó a empeorar su fama de pensador conservador y reaccionario. Para muchos de sus detractores, en particular, resultaba difícil comprender que un hombre de cultura pudiera seguir mostrándose tan reticente a la hora de aceptar los nuevos ímpetus republicanos. Malquerido por ellos e igualmente censurado por los conservadores, que lo acusaron repetidas veces de no apoyar realmente su causa, Baroja empezó en esa época a interrogarse acerca de la oportunidad de adscribirse a una de las dos facciones. En varios de sus escritos, por lo tanto, el novelista se muestra preocupado y dudoso, como revela el siguiente pasaje, sacado de uno de los artículos que escribió a los pocos meses de empezar la guerra civil: «Ante una situación así de los escritores españoles, confusa y al mismo tiempo precaria, no se sabe qué hacer. ¿Decidirse por un lado o por otro? Es difícil sin violentar el espíritu. ¿No decidirse ni por los unos ni por los otros? También es difícil desde el punto de vista práctico. ¿A dónde ir?» (1998: 35).⁴

precursor español del fascismo, pero es posible que haya sentido o presentido esa doctrina política como motivo literario» (1938: 93).

⁴ *Ayer y hoy* es un volumen de recuerdos y de artículos que Baroja escribió en los primeros meses de la guerra civil y del que, antes de la publicación en España en 1998, sólo existían dos ediciones, ambas en Chile, una de 1939 y la otra de 1940.

Como resultado de estas atormentadas reflexiones, en un primer momento Baroja llegó a convencerse de que quizás la dictadura militar pudiera constituir una vía de salvación para el país.⁵ Luego, cuando las primeras consecuencias del conflicto empezaron a hacerse manifiestas, él tampoco pudo aceptar el credo impuesto por el Franquismo y quiso alejarse completamente de esa realidad política tan decepcionante para criticar, desde su exilio voluntario, los excesos de violencia del uno y del otro bando.

Baroja y la guerra civil

Cuando en 1936 estalló la guerra, Baroja estaba veraneando, junto con su familia, en la casa de Vera de Bidasoa. En ese momento de su vida, el escritor estaba atravesando una fase de profunda crisis espiritual debida por un lado, a la muerte de la madre, ocurrida el año precedente y por otro, a la desilusión hacia la labor de una clase política que se había demostrado ineficaz a la hora de resolver pacíficamente las tensiones sociales en España. José-Carlos Mainer ha definido este estado de ánimo del novelista como una suerte de «melancolía racionalista propia de un conservador ilustrado y laico» (2012: 317), el cual, sin embargo, estaba todavía muy lejos de sospechar cómo degeneraría la situación en brevísimo tiempo.

Aunque las consecuencias directas de la sublevación militar tardaron algunas semanas en manifestarse en el norte del país, ya desde el comienzo del conflicto por las calles del municipio de Vera empezó el acuartelamiento de las tropas nacionalistas.⁶ El 22 de julio de 1936, durante unas ejercitaciones, uno de los requetés reconoció y delató a Baroja, acusado de ser enemigo de la tradición a causa del tono anticlerical de algunos de sus artículos. El escritor fue entonces detenido y encarcelado (Flores Arroyuelo, 2008: 172). Sin embargo, gracias a la intercesión de un jefe militar local, admirador de su obra literaria, se le puso en libertad el día siguiente.⁷ Baroja tomó entonces la decisión de cruzar la frontera francesa, empezando así su exilio voluntario que se concluyó el 24 de junio de 1940 cuando, logrado el necesario salvoconducto, pudo volver definitivamente a España. Algunos meses después de su vuelta,

⁵ En *La guerra civil en la frontera*, en efecto, Baroja afirma que para liquidar los problemas del pasado español la única forma de gobierno debería ser una dictadura breve, terminada la cual España debería volver a un régimen liberal (2005: 25).

⁶ Las tropas nacionalistas se desplazaron en todas las regiones del norte-este, regiones estratégicas desde el punto de vista militar en cuanto muy cercanas a la frontera francesa a través de la que muchos opositores del régimen intentaban abandonar clandestinamente el país.

⁷ Los concitados acontecimientos de aquellos días fueron reconstruidos por el mismo autor en algunas entrevistas concedidas a Miguel Pérez Ferrero, uno de sus biógrafos oficiales el cual, a su vez, las recogió en un volumen titulado *Pío Baroja en su rincón*, publicado en 1941.

el novelista consignó sus impresiones de esos primeros días de la guerra en un libro titulado *La guerra civil en la frontera* que constituye el octavo y último capítulo de sus memorias.

Memorias desde el exilio: *La guerra civil en la frontera*

Los primeros siete volúmenes de las memorias barojianas, titulados, en su conjunto, *Desde la última vuelta del camino*, se publicaron en entregas semanales entre septiembre de 1942 y noviembre de 1943. El octavo volumen, al contrario, permaneció celosamente guardado por miedo a la censura y por decisión familiar durante algo más de cincuenta años y se publicó solamente en 2005. En la obra, que mezcla los recursos propios de la crónica periodística con otros más bien típicos de la autobiografía, Baroja reconstruye las primeras agitadas semanas del conflicto y presenta los acontecimientos así como los observó. Su visión, por lo tanto, es la de un espectador que se define algo hartado y desencantado y afirma no esperar nada de la contienda porque no ha puesto sus ilusiones en ningún bando (2005: 18).

Desde el punto de vista estructural, *La guerra civil en la frontera* se presenta como la reconstrucción *a posteriori* del arco temporal que va desde el mes de julio de 1936 hasta el mes de septiembre de ese mismo año, es decir, cuando Baroja tomó la resolución de trasladarse a París.⁸ El texto resulta dividido en ocho capítulos más un prólogo. De los ocho capítulos que lo componen, los dos primeros relatan las experiencias vividas por el autor en España después del inicio de la contienda y los restantes seis cuentan las primeras fases del exilio francés, periodo durante el cual el novelista vivió entre los pueblos de Hendaya y San Juan de Luz.

En el prólogo, el mismo Baroja aclara a los lectores que la finalidad de su obra es la de ser el testimonio de una de las estaciones más mediocres y tristes de la historia española, (2005: 5-7) objetivo que el novelista desea alcanzar a través de la descripción de la vida cotidiana en tiempos de guerra la cual, si contada con exactitud y detalles, puede ayudar a percibir el carácter de toda una época con la misma intensidad que el relato de las más notorias hazañas bélicas (2005: 7). Su narración, pues, no adquiere el semblante propio de la historiografía tradicional sino se concentra en la representación de las consecuencias que tuvo el conflicto en las vidas de las personas comunes, con las que Baroja se confrontó personalmente (Sánchez Ostiz, 2000: 152).

Más adelante, en el mismo prólogo, el escritor afirma también que en su obra va a aparecer el punto de vista de un observador externo el cual, sin embargo, se percibe casi imposibilitado a ofrecer una visión objetiva por lo mucho que le duele el ser

⁸ Baroja empezó la redacción del texto a principios de 1941 y la acabó en muy pocos meses.

protagonista de una temporada tan deprimente y oscura de la historia española. A pesar de que intente tomar las distancias del asunto que está tratando, por lo tanto, Baroja no logra alcanzar la claridad y la imparcialidad del historiador profesional. Al contrario, en varios pasajes del texto el yo autobiográfico se manifiesta con fuerza y la subjetividad del autor ejerce el mando sobre la historia, confiriéndole al último capítulo de las memorias barojianas el carácter de la confesión espiritual en algunos momentos y, en otros, el perspectivismo propio de las novelas de formación.

En *La guerra civil en la frontera*, como en los demás volúmenes de las memorias, la narración no sigue un orden cronológico porque Baroja prefiere concentrarse en la profundización de los que considera los núcleos temáticos principales, es decir, la actitud contradictoria adoptada por las facciones en lucha, la devastación física y moral del país, la atenta observación de la cultura francesa en oposición a la hispánica y el diálogo con otros españoles exiliados. Según los críticos, esta evidente predilección del autor por la interpretación de los hechos históricos más que por su mera descripción, justificaría las frecuentes lagunas cronológicas del texto y las numerosas incongruencias en la reconstrucción de los episodios.⁹ La «confusión general» (2005: 46) que se produjo en España después del estallido de la guerra y que Baroja menciona en la primera parte de la obra, en particular, se reflejaría según la crítica en la misma estructura narrativa del texto y se configuraría como una gran metáfora del trastorno emotivo provocado por el conflicto en el ánimo del novelista.¹⁰

Por esta misma razón, los dos capítulos iniciales de *La guerra civil en la frontera*, los únicos ambientados en España, nos muestran a un Baroja inquieto y pesimista, preocupado, a la vez, por su propio destino y por el de toda la nación. A pesar de la calma aparente que reina en su pueblo, en estas primeras páginas de sus memorias el novelista aparece incapaz de liberarse de una sensación negativa que presagia más tristes eventos y cuya inquietante presencia se insinúa constantemente en sus palabras, a través de las cuales el escritor retrata la imagen de una España enfermiza y corrompida por una clase política que, ahora más que nunca, le parece a Baroja ególatra e insensata. Escribe, pues, el autor:

⁹ Véase, en particular, la nota final a la edición de *La guerra civil en la frontera* redactada por Fernando Pérez Ollo.

¹⁰ En honor a la verdad, cabe añadir que en esa época las noticias que llegaban a las regiones del extremo norte de España eran, en la mayor parte de los casos, fragmentarias e imprecisas y que, a pesar de las varias tentativas de documentarse, fue difícil para Baroja hacerse una idea correcta de lo que estaba pasando en la restante parte del país. Las imprecisiones cronológicas del texto, pues, hay que imputarlas también a las enormes dificultades de comunicación en territorio español.

No se comprende cómo se va a salir de esta terrible convulsión, que es la enfermedad más grave que ha tenido España desde hace siglos. Pensar que se puede exterminar por completo y para siempre al enemigo, sin dejar rastro de él, me parece utópico. Los rojos dicen que Cataluña y Valencia se harán independientes y llegarán a conquistar el resto de España, transformándola en un país federal. No lo creo, y la razón para no creerlo es la vacuidad de los políticos, que no les ha de hacer gracia la idea de perorar en un parlamento provinciano, y ver sus discursos ramplones comentados en un periódico regional (2005: 40).

Esta primera parte de la obra es la menos extensa y la única que se concentra en la observación directa de los acontecimientos, sobre todo de aquellos que más llamaron la atención del autor en las semanas iniciales del conflicto, es decir, los fusilamientos en el municipio de Vera, las correrías en los pueblos cercanos y la alternancia al poder de los gobernantes locales los cuales, según Baroja, no hicieron otra cosa sino fomentar el odio y el fanatismo entre la población.

En la segunda parte del texto, al contrario, Baroja nos relata su estancia en Francia y su tono se hace más subjetivo puesto que el novelista deja de ser un testimonio directo y empieza a documentarse a través de dos fuentes indirectas: las cartas de su familia y las palabras de los demás españoles que, como él, eligieron la vía del exilio. Entre ellos, en particular, destaca la figura del médico y amigo Victoriano Juaristi, el cual refirió a Baroja las atrocidades a las que había personalmente asistido en Navarra. En la segunda parte del texto, además, el autor no se limita a referir las noticias recibidas sino, más bien, prefiere interpretarlas y describir la cólera, la conmoción y la frustración que ellas despiertan en su alma de español que se ve obligado a observar el declino de su propio país desde lo extranjero.

La primera etapa del exilio barojiano empezó en Hendaya, pueblo costero situado en la frontera entre Francia y España y principal centro de agrupación para muchos españoles que huían de la guerra. Ahí Baroja transcurrió algunas semanas a lo largo de las cuales, para sustentarse económicamente, empezó a trabajar como correspondiente para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Esta colaboración representó su principal fuente de ingresos en el destierro pero el novelista mantuvo también otras cooperaciones con el semanario mejicano *Hoy* y con algunos periódicos franceses.¹¹

¹¹ Durante el exilio francés, además, Baroja siguió dedicándose a la publicación de libros recopilatorios y a la escritura de obras nuevas. En particular, su larga estancia parisina fue el marco fundamental de tres novelas: *Susana y los cazadores de moscas*, impresa en 1938, *Laura, o la soledad sin remedio*, impresa en 1939, y *El hotel del cisne*, impresa en 1946. En esa misma temporada, Baroja escribió también dos volúmenes misceláneos de ensayos titulados respectivamente *Aquí, París y Paseos de un solitario*, que se publicaron en 1955. El autor redactó la mayor parte de estas obras durante su estancia en Francia y sólo una pequeña parte fue terminada tras su regreso a España.

Gracias a la actividad periodística, Baroja pudo manejar las noticias y volver a reflexionar con mayor calma y atención sobre ellas. Sus meditaciones son las que ocupan las páginas de la segunda parte de *La guerra civil en la frontera*, en la que el escritor admite que le costó muchísimo escribir sobre la guerra porque le faltó en aquellos momentos la tranquilidad espiritual necesaria como para proporcionar a sus lectores una visión más imparcial y objetiva de los hechos.

No tenía yo en aquellos momentos la suficiente serenidad de ánimo [para escribir], y, al ponerme sobre las cuartillas no sabía por dónde empezar, ni qué decir, una veces me parecía mi opinión un poco ridícula y otras veces casi trágica. No tenía tampoco claridad de espíritu para sospechar qué podía salir de aquella revuelta. En esta aventura revolucionaria y absurda en que se había metido de lleno España, yo me sentía incapaz de tener confianza en algo político (2005: 57).

Como resultado de esta peculiar actitud psicológica, en la segunda parte del texto, para hablar de la guerra civil Baroja abandona casi completamente la senda de la reconstrucción cronológica y elige la técnica de la representación de los hechos por su significado y consecuencias, captando en ellos, como explicado por Carlos Longhurst, una manifestación concreta del humano existir en todas sus contradicciones (1974: 250).

Las páginas que relatan la estancia de Baroja en Hendaya, por lo tanto, están dedicadas sobre todo a la observación atenta y minuciosa de las personalidades de los hombres y de las mujeres con los cuales el novelista compartió su condición de exiliado y, en particular, a la constante comparación entre la actitud de ellos frente a la guerra y su personal estado emotivo. En estas mismas páginas, Baroja se presenta a sí mismo como a un hombre profundamente cambiado, desengañado, prosaicamente empeñado en la lucha diaria para abastecerse de ropa y comida y desesperadamente solo. Diferentemente de otros connacionales suyos, él no intenta adaptarse a la nueva realidad y, al contrario, se aísla, no va a la playa, porque el brillo del sol sobre la arena lo ciega y los colores del mar de Hendaya no le gustan (2005: 78). Cuando se encuentra entre otros españoles, que le parecen al escritor indiferentes y despreocupados, el parangón brota, pues, inevitable: «He estado en el hotel de Hendaya, donde hay mucho español, gente que habla a gritos. Entre esa gente tumultuosa aparezco yo como un tipo silencioso y preocupado. Se nota en uno las fallas del emigrado, los botones de la camisa que se van cayendo sin que nadie los reponga, la ropa con arrugas, las manchas» (2005: 67).

Gracias a la ayuda de unos amigos, Baroja pronto abandonó Hendaya para encontrar mejor alojamiento en el cercano pueblo de San Juan de Luz. Ahí, una vez

más, lo que le llama la atención es el contraste entre su propia actitud y la de los demás españoles que le parecen, en la mayor parte de los casos, personas vacías, sin carácter ni ideales, desprovistas de todo espíritu patriótico, de voluntad y de iniciativa (2005: 127). La disposición preocupada y pensativa del escritor, por lo tanto, acaba inevitablemente por excluirle aún más de la vida comunitaria y Baroja empieza ahora a describirse como el incómodo protagonista de una realidad que ya no le pertenece: «[...] aquí, en este cuarto de una taberna aldeana, miro pasar a los coches con cierta melancolía. En estos pueblos, playas de moda, con exhibición de brazos, piernas, pechos y espaldas, ¿qué va a hacer un viejo y un viejo pobre? No tiene nada que hacer, ni rincón bastante apartado donde meterse» (2005: 135).

Baroja no critica solamente la actitud de sus compatriotas sino que sus reproches se dirigen también en contra de los franceses, cuya conducta totalmente desinteresada adquiere, desde la perspectiva del autor, las señas de la más obtusa y egoísta indiferencia. Según Baroja, los franceses no muestran ninguna curiosidad hacia lo que está pasando en España y se limitan a hacer preguntas bastante vagas sin estar realmente interesados en el asunto. Es más, cuando la conversación converge hacia el tema de la guerra, muchos de ellos sacan a relucir ideas totalmente estereotipadas y delatan cierta superficialidad. Todo esto le parece a Baroja muy grave, sobre todo al considerar que la guerra, en realidad, está muy cerca y los bombardeos se pueden oír justo después de la línea de frontera: «Por la ventana veo que pasan por las carreteras muchos automóviles, cochecillos y bicicletas. En el campo pasan las vacas, y en el fondo, en un sitio cercado con robles, veo a unos aldeanos que están sentados merendando; ellas con pañuelos en la cabeza y ellos en mangas de camisa. En España la niebla cubre los montes y a veces se oye el estampido del cañón» (2005: 135).

Durante su estancia en San Juan de Luz, además, Baroja recibió una de las noticias que más le afectaron y que decidió relatar con más detalles, es decir, el incendio del cercano pueblo vasco de Irún. El novelista, en particular, dedica a la narración de este episodio el capítulo más largo de todo el texto, lo que testimonia la profunda impresión que le provocó la noticia de un evento tan grave ocurrido, además, justo al lado de donde él mismo vivía. La crónica de esta batalla crucial, después de la que empezó la más conocida ofensiva del Norte, ocupa, pues, un puesto central dentro de la obra y se configura como un cuento completamente autónomo en el que Baroja reconstruye el hecho histórico objetivamente, mediante las aportaciones de varios testimonios oculares.

El relato de los crímenes que se cometían en España, la incapacidad de establecer una relación con el entorno cultural francés, la precariedad de la existencia del exiliado y la incompatibilidad de ideales con los demás españoles, son los temas principales que Baroja desarrolla en la parte final del texto, en la que se manifiestan todo

su pesimismo y su personal desilusión hacia la ideología de los partidos políticos que habían permitido la guerra. En las últimas páginas de *La guerra civil en la frontera*, a la descripción de los horrores del conflicto se acompaña, pues, una crítica sin reservas del sistema en su conjunto, lo que le lleva a Baroja a pintar, con tonos desolados, un mundo horrible, que parece progresar solamente en la ciencia de la guerra y retroceder en la defensa de la moral. Por esta misma razón, el escritor sigue mostrándose escéptico hacia toda posibilidad de organización social, sobre todo porque le parece que los hombres de su tiempo han perdido su humanidad y son totalmente incapaces de controlar sus deseos de prevaricación y de actuar a beneficio del bienestar de la nación: «Esta guerra hispánica es de las más crueles que ha habido en la Península. No hay en ella ni talento, ni humanidad. Tan sólo crueldad. Es uno de los momentos más trágicos y más feos de nuestro país. Lo que se cuenta es un verdadero horror. Por todas partes se mata con fruición, se saca a las gentes de las casas y se las asesina en medio de las calles» (2005: 126-127).

La cita que se acaba de mencionar demuestra una vez más que en sus memorias Baroja no quiso simplemente reconstruir todo un periodo histórico sino contar el horror de la guerra y presentar sin medias tintas, con trazos esquemáticos pero demoledores, la barbaridad humana, el cainismo español y el egoísmo de los políticos. A partir de la profundización de estos temas, el escritor forja su propia visión de la España de su época, que le parece un país degradado al nivel de una sociedad vulgar y sin principios, dominada por el egoísmo y la maldad. El léxico de la obra delata esta misma mirada del autor, puesto que grosería, necedad, insolencia, estupidez, pedantería, cinismo y mentira son los sustantivos que más se repiten, con monótona cadencia, en las páginas finales del texto.

Conclusiones

Es posible afirmar que el análisis del último y aún poco conocido capítulo de las memorias barojianas constituye un paso importante en la decodificación de la personalidad del autor pero, al mismo tiempo, representa un instrumento muy útil en la comprensión de lo que significó la guerra civil para muchos españoles. En este sentido, además, un texto como *La guerra civil en la frontera*, tan repleto de perspectivas, hechos, indicios, observaciones, opiniones ajenas y personales del escritor, no puede sino proporcionar también a los lectores contemporáneos las herramientas necesarias para llegar a una interpretación más autónoma del periodo histórico en cuestión. Al acercarse a la lectura de *La guerra civil en la frontera*, sin embargo, no hay que olvidar que Baroja no fue casi nunca un escritor imparcial. Al contrario, su peculiar estilo narrativo, hecho de manipulaciones del tiempo e interferencias personales,

contribuye a darle al texto ese toque de espontaneidad que, según el escritor, era una de las marcas más apreciables del carácter vasco. En su crónica de la guerra civil, pues, Baroja denuncia los asesinatos, las vejaciones y las violencias y critica sin pavor el salvajismo en el que había precipitado la sociedad española de su tiempo, sin distinguir el fanatismo entre los dos bandos (2005: 51).

Tampoco atribuye diferentes responsabilidades políticas a las diversas ideologías y si acaso reitera más la denuncia de socialistas y comunistas que la de conservadores y reaccionarios es porque su actitud le parece incluso más contradictoria. Aunque quizás la condena más inapelable sea en el texto la de los curas y de la iglesia por incitar a la venganza quienes decían defender una fe basada en el amor y en la tolerancia.

Para concluir este trabajo, cabe además subrayar que si es verdad que Baroja nunca quiso comprometerse concretamente con la realidad política de su tiempo, es igualmente correcto afirmar que nunca quiso mantenerse al margen de los discursos oficiales acerca del conflicto (Martín, 1975: 120). El autor, al contrario, dejó amplia información sobre aquellos años dramáticos en diversos escritos suyos, algunos de los cuales se publicaron incluso en años bastante recientes a causa de los problemas con la censura (Tapia, 2007: 127). En ellos, Baroja criticó ásperamente las decisiones políticas de ambas facciones y, sin embargo, sus juicios más severos los dirigió sobre todo hacia esos españoles que, independientemente de su credo político, aprovecharon la ocasión para desahogar sus más recónditos y connaturales deseos de venganza, sus odios personales y sus frustraciones, como explica el escritor en uno de sus artículos: «En la guerra civil alienta el odio más puro, porque no sólo se quiere vencer, sino castigar al enemigo; hay la pedantería unida a la tendencia al sadismo, la defensa de la doctrina aliada al placer de matar y de hacer sufrir. En la guerra civil todas las maldades están reunidas» (1998: 151).

La personalidad contradictoria de Baroja, su temperamento polémico pero, sobre todo, la mencionada ambigüedad de sus posiciones políticas contribuyeron a que su memoria quedara relegada, especialmente en los años '40 y '50 del siglo pasado, a lo que José-Carlos Mainer ha definido el «purgatorio del escritor» (2012: 373). Sin embargo, a partir de los años '60, la crítica ha vuelto a recuperar su memoria, rescatando muchas de sus obras del olvido. Los análisis más recientes, pues, han demostrado y siguen demostrando que Baroja fue uno de los observadores más rigurosos y atentos de la compleja realidad histórica de su época y asimismo uno de los autores que más acertaron en darle una más completa representación en sus obras y especialmente en sus memorias.

Referencias bibliográficas

- Baroja, Pío, *Ayer y hoy*, Madrid, Caro Raggio, 1998.
- Baroja, Pío, *Comunistas, judíos y demás ralea*, Valladolid, Reconquista, 1938.
- Baroja, Pío, *La formación psicológica de un escritor*, Madrid, Espasa Calpe, 1935.
- Baroja, Pío, *La Guerra Civil en la frontera*, Madrid, Caro Raggio, 2005.
- Baroja, Pío, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949.
- Caro Baroja, Julio, *Pío Baroja y su mundo*, Madrid, Arion, 1962.
- Flores Arroyuelo, Francisco, «Pío Baroja y Francia: Política, exilio e intriga», *Barcarola. Revista de creación literaria*, núm. 71-72, 2008, págs. 161-173.
- Granjel, Luis, *El último Baroja*, Salamanca, Artes Gráficas, 1992.
- Longhurst, Carlos, *Las novelas históricas de Pío Baroja*, Madrid, Guadarrama, 1974.
- Mainer, José-Carlos, *Pío Baroja*, Madrid, Taurus, 2012.
- Martín, Eutimio, «La actitud de Pío Baroja ante la guerra civil española», *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, núm. 25, 1975, págs. 119-133.
- Reig Tapia, Alberto, «Los intelectuales y la guerra civil: los casos de Unamuno y Baroja», *Historia Contemporánea*, núm. 35, 2007, págs. 601-622.
- Uribe Echevarría, Juan, «Pío Baroja: técnica, estilo, personajes», *Anales de la Universidad de Chile*, núm. 6, 1957, págs. 151-199.